

consecuencia, todos sus bienes, muebles é inmuebles, se declararon secuestrados, y se despacharon Senadores á las provincias para ejecutar el decreto. Los Jesuitas, conociendo la suerte que les aguardaba, no tomaron ninguna precaucion con respecto á sí mismos: se ocuparon únicamente en pagar las deudas de sus casas, para que sus acreedores no quedaran insolutos, como acaeció á los de las casas que no tuvieron tiempo, ó medios de satisfacer. Véase ahora el orden que se observó en este secuestro general: un cordón de tropas cercaba la casa; un destacamento ocupaba el interior y guardaba todas las puertas, sin permitir entrar ni salir á nadie; un Senador exigía y recibía los libros de caja, los archivos y todos los papeles; procedía al inventario mas minucioso y embargaba todos los bienes; se asignaban cosa de doce sueldos de Francia diarios para la subsistencia de cada Jesuita; en fin, se vendían en almoneda todas las provisiones de boca que se encontraban en la casa. La guardia se renovaba diariamente; cada soldado estaba provisto de doce cartuchos de bala, las centinelas exteriores tenían orden de impedir que se transitase bajo de las ventanas ó paredes de la casa, y de hacer fuego á cualquiera que intentase entrar. Como lo que el Ministro mas ansiaba era por el dinero, urgió por la venta de los muebles; pero fué burlada su avaricia; sus satélites no encontraron en los aposentos que tenían orden de saquear, mas que cuatro paredes desnudas, unas malas camas rodeadas de cortinas viejas de lienzo tosco, una si-

lla de palo, una mesa pequeña, libros de estudio ó de piedad, y algunas estampas. Ignoraban los Padres á donde irían á parar todas estas operaciones. El aspecto de la muerte se presentaba sin cesar á su espíritu: no pensaron mas que en disponerse á ella por la oracion y frecuentes visitas á nuestro Señor en su Santuario, donde pasaban la mayor parte de los días y de las noches.

Entre mil ejemplos que pudieran citarse, bastarán unos cuantos para dar una ligera idea del zelo bárbaro y sórdido con que se ejecutaban las órdenes de saqueo que el Ministro habia dado contra ellos. En una de las casas de Lisboa se dió á los soldados el dinero preparado para la comunidad; en otra se vendió en almoneda su comida; en otra, compuesta toda de Misioneros que habian gastado las fuerzas en la conversion de los Indios, fueron despojados de todo, hasta de su breviario y crucifijo, y encerrados despues en calabozos, de donde no volvieron á salir. En otra cuarta estaban en el jubileo de 40 horas el dia del arresto: á mitad de los oficios divinos, llega una tropa de soldados que se empeñan en echar á los fieles y prender á los Jesuitas; apenas hubo tiempo para depositar al santísimo Sacramento. Se registró por todas partes, hasta en los sepulcros, en busca de tesoros. Los Jesuitas, pobres y reducidos en todo á lo mas extrictamente necesario, solo tenían tesoros en sus Iglesias: todo fué arrebatado; ornamentos preciosos, vasos sagrados, relicarios de la Casa Profesa de

Lisboa, frutos de la piedad y liberalidad de los Reyes de Portugal, fueron tomados y transportados á palacio. En Evora, el Senador encargado de la prision, tuvo la rareza de encerrar á todos los religiosos en un pátio, de donde los hacia venir uno á uno, para presenciar el registro de su aposento. Como era rigurosa la estacion, le suplicaron tuviese piedad de ellos: su piedad se limitó á encerrarlos en la capilla doméstica; la operacion duró hasta la noche, y ellos pasaron todo el día sin probar alimento. En Villaviciosa tenian orden los soldados de hacer fuego á los Padres que se asomasen á las ventanas; en Elvas no se les permitia decir misa sin dos soldados á los lados del altar, con bayoneta calada. Salia un dia uno de los Padres vestido con vestiduras sacerdotales, dirigiéndose á una capilla de la Iglesia para celebrar en ella: un soldado le pone la bayoneta al pecho y lo detiene, diciéndole que no podia decir misa en aquel altar. La tal prohibicion no le habia sido intimada, sino por este acto de violencia sacrilega. En Coimbra, se prohibió dar á los pobres las sobras de la comida, como se hacia antes: los pobres, imaginando que este ahorro provenia de la escasez que sufrían los Padres, concertaron entre sí juntar las mas limosnas que pudieran, y socorrer con ellas las necesidades de los que los habian alimentado tanto tiempo; pero se les impidió el que introdujeran lo que habian colectado. En Porto, un pariente del Ministro, comisionado para la prision, se distinguió por su barbá-

rie y su impiedad: dejó morir miserablemente á tres Padres por falta de médico y remedios. Añadiendo el sacrilegio á la inhumanidad, hizo abrir el Tabernáculo, y vaciar el copon, de que se apoderó, y lo puso en las balanzas de un platero para hacerlo pesar sobre el mismo altar.

En el plan de Carvalho, la difamacion era una parte esencial de sus medidas contra los Jesuitas. Hizo al Rey firmar cartas dirigidas á todos los Obispos del reino, en que despues de derramar sobre estos religiosos las imputaciones mas atroces, ordenaba á los Prelados los privasen de todas las facultades de su santo ministerio, y previniesen á los pueblos contra su mala doctrina. Todos los Obispos se doblegaron bajo el yugo del Ministro imperioso, cuando hasta allí no habian cesado de alabar las virtudes y trabajos apostólicos de los Jesuitas, y de confiarles las funciones mas importantes del ministerio. Se vió sucumbir aun á ese mismo Obispo de Evora, que al oír decir las lágrimas que habia derramado el último Patriarca de Lisboa, despues de haber firmado su edicto contra los Jesuitas, exclamó, en un transporte de zelo é indignacion: «Que no con sus lágrimas sino con su sangre debiera haber lavado tan cobarde prevaricacion.» Semejante abandono llenó de dolor á los oprimidos; pero no se permitieron ni una sola queja. Carvalho se prevaleió de su silencio, y emprendió hacer que el tribunal de la Inquisicion los deshonrase. No era facil la empresa; el Inquisidor mayor era uno

de los hermanos del Rey. Publicó un edicto, en el que, sin mentar á los Jesuitas, se contentaba con decir, que habiéndole informado su Magestad que la última conspiracion habia sido suscitada por la doctrina perversa de ciertas personas, contraria á la seguridad de los Reyes, mandaba, bajo pena de excomunion, denunciar á cualquiera que se supiese haber sostenido opiniones tan perniciosas. En consecuencia del edicto, los inquisidores recorrieron todo el reino para tomar informaciones; pero ninguna Jesuita fué denunciado ni citado sobre esto; lo cual, en circunstancias tan borrascosas, pudo y debió mirarse como prueba auténtica de su sana doctrina (1). No era esto lo que habia pretendido Carvalho. En su cólera, concibió el negro proyecto de envolver al Inquisidor mayor y á otro de los hermanos del Rey en una supuesta conspiracion, que debia estallar en Agosto de 1760; y el débil Monarca, siempre dócil á las impresiones de su Ministro, hizo encerrar á los dos infantes en un Monasterio. Dióse prisa Carvalho en conferir á su hermano la dignidad de Inquisidor mayor, sin dar siquiera aviso al sumo Pontífice, único que podia conferirle la jurisdiccion. En premio de tantos servicios, se hizo nombrar por el Rey Conde de Oyeras, y poco despues Marqués de Pombal.

Era Clemente XIII. el Papa, cuya autoridad aca-

(1) Véase sobre esta acusacion el número 16 de los Documentos concernientes á la Compañia de Jesus, publicados en Francia en 1827, que tiene por título: *De la doctrina del tiranicidio.*

baba de depreciar, y cuya moderacion y paciencia no se habian podido agotar en los dos años que llevaba de ser blanco de las insolencias de este Ministro. Carvalho, que sabia que nada tenia que esperar de él en cuanto á la destruccion total de los Jesuitas, se hizo por lo mismo mas emprendedor. Ayudado de los sofistas franceses, prontos siempre para servir á cualquiera que quisiese turbar la Iglesia ó el estado, hizo traducir en lengua del pais, y esparcir en todas las Indias y aun en la China, un gran número de escritos destinados á hacer á los Jesuitas sospechosos ú odiosos á los cristianos de esas comarcas. Procuró hacerlos expulsar de Tunquin y de la Cochinchina. Escribió al Emperador de la China, á nombre del Rey de Portugal, para empeñarlo á deshacerse de ellos. El Monarca chino se contentó con responder: *Que si los Jesuitas de Portugal le habian faltado á su Soberano, él no tenia que quejarse de los que vivian en su imperio.* La inutilidad de los esfuerzos de Carvalho en el Oriente, no disminuyó nada su actividad en Occidente. Por sus órdenes, y á expensas del tesoro real, se imprimian sin cesar en Portugal y en Roma, en la casa del Embajador de Portugal, multitud de libelos infamatorios contra la Compañia, los que se derramaban por todas partes é iban á infestar la Europa. Indignados por tantas calumnias, mas de 180 Obispos de diversas naciones, se dirigieron á Clemente XIII. rogándole que pudiese fin al escándalo. El Pontífice, cediendo á dichas instancias, y á su propia incli-

nacion, dirigió al Nuncio de España un breve, en que condenaba todas estas obras de tinieblas, «producidas (decía) por la envidia y el libertinage.» En consecuencia de este breve, los principales libelos fueron quemados en Madrid por mano de Verdugo; la Inquisición de España se unió á la autoridad secular: prohibió la lectura de estas obras condenadas, y castigó algunos religiosos, indignos de su profesion, que se habian envilecido hasta el grado de hacerse expendedores de ellos.

La conducta de la Corte de España en este asunto, causó extremo disgusto á Carvalho y sus partidarios, pero no lo contuvo. Habia dirigido al Papa una memoria en que exponia, con impudencia, los supuestos atentados de la Compañía, su comercio, su revolución en Paraguay, el asesinato del Rey, y los 75 millones de francos que habian costado al reino reducir esta Compañía de asesinos, ect. ect. Le declaraba despues al Papa, que el Rey, por un decreto irrevocable, habia pronunciado la expulsion de todos los Jesuitas fuera de sus estados; y que, además, no podia dejar de hacer sufrir los suplicios que merecian á todos aquellos Jesuitas que se habian implicado mas especialmente en el crimen de su asesinato: pedia, en consecuencia, que el Papa le autorizase para entregarlos al brazo secular. Estas últimas palabras anunciaban todavia cierta clase de respeto á las leyes de la Iglesia; pero tienen algo de espantosas cuando se recuerda que todos los Jesuitas, sin excepcion, habian sido declarados cómplices. Mientras llegaba la

respuesta, que preveía Carvalho, podia tardar y no ser muy favorable, fabricó el mismo una en forma de breve, que abandonaba enteramente los Jesuitas á su discrecion. Tuvo la audacia de publicarla y hacerla circular en toda Europa. En este tiempo Clemente XIII., sacrificándolo todo por evitar un cisma con que Carvalho no temió amenazarle, expidió el breve pedido. Nuevos altercados del Ministro le obligaron á expedir otro mas extenso. Carvalho, que no esperaba este exceso de complacencia, ni aspiraba á otra cosa que á romper con Roma, vió desconcertadas sus medidas. Tenia, por otra parte, que impedir el que el Rey recibiese el breve verdadero, y descubriese la supercheria del supuesto. Lo consiguió á fuerza de intrigas; el breve fué devuelto al Papa sin que lo hubiese visto el Rey, y el Papa sufrió este ultraje sin quejarse. Se debe advertir que al breve acompañaban cartas en que Clemente XIII. conjuraba á José á no verter la sangre de personas consagradas á Dios, á no expeler indistintamente de sus estados todos los Jesuitas; y, en fin, á no confundir una multitud de inocentes con los culpados, si acaso habia algunos entre ellos. Contenian, además, estas mismas cartas un magnifico elogio del Instituto de la Compañía, y consejos saludables sobre la reforma pedida y obtenida de Benedicto XIV. Esto era para Carvalho nueva razon de ocultar los despachos á la vista del Rey, y suprimirlos. Por lo demas, no habia él aguardado estos últimos

eventos para comenzar á ejecutar los planes de destruccion que meditaba. Segun sus miras debian los Jesuitas ser divididos en tres clases: desde luego los superiores de casas y los otros miembros mas notables de la Compañia, debian ser condenados sin proceso y sin juicio, á morir en los calabozos, como mas culpables y endurecidos que los otros; despues el resto de profesos estaban todos destinados á la expulsion; en fin, los no profesos y todos los jóvenes, comprendiendo en ellos á los simples novicios, debian ser retenidos con la esperanza de convertirlos en otros tantos apóstatas. Estaban ya sepultados en calabozos los de la primera clase, en número de 100: se les agregaron en lo sucesivo muchos otros; y ya veremos mas adelante cuanto tuvieron que sufrir. Quedaba por ejecutar el edicto de destierro contra la segunda clase, y probar las vías de seduccion respecto de la tercera. Este fué el mayor empeño de Carvallo, de acuerdo con el Cardenal reformador, instrumento ciego de todos sus antojos. La primera medida que se tomó fué separar de los profesos á todos los que no habian hecho sus últimos votos. Sacóse, pues, á los profesos de las diversas casas del Reino, para reunirlos en la embocadura del Tajo, donde debian ser embarcados; se hizo estudio en hacerlos caminar lentamente y por largos rodeos, para que fueran espectáculo en todos los lugares del tránsito; con inauditos extremos de malignidad se les rehusaron los socorros mas indispensables á su edad y enfermedades; se les

expuso sin piedad á todas las inclemencias del tiempo, á las lluvias, á los ardores del sol, á todas las incomodidades de la hambre y de la sed, en una palabra, á todas las privaciones que los podian atormentar sin matarlos. Por primera remesa, embarcaron 155 en un navio, á cuyo Capitan se dió la órden de conducirlos á *Civita-Vecchia* en el estado eclesiástico. Este era, decia Carvallo, un regalo con que queria obsequiar al Santo Padre. Ya se deja entender que se trataba de poner colmo á los insultos hechos al Gefe de la Iglesia, desembarcando en sus tierras cerca de 1500 religiosos, y dejándole el cuidado de proveer á su subsistencia. Los 155 desterrados, que esperaban ser arrojados en los arenales de la Africa, segun la amenaza que se les habia hecho, recibieron agradable sorpresa al saber que iban á Italia. Esta noticia les hizo olvidar sus penas, particularmente la de verse desterrar de una Patria ingrata, en cuyo servicio se habian consumido. La navegacion fué de las mas penosas, pues no se les ministraba agua sino corrompida, por haber estado en el barco todo el estio, ni víveres sino fastidiosos, y ademas en la precisa cantidad para que no muriesen de hambre. Afortunadamente, experimentaron al pasar por Alicante y Génova, los efectos de la caridad mas compasiva y generosa. Llegaron, en fin, á *Civita-Vecchia* el 24 de Octubre, dia de San Rafael, bajo cuya proteccion se habian puesto al partir de Lisboa. Su primer cuidado al desembarcar,

fué ir á la Iglesia y postrarse ante el altar de la Santísima Virgen, para cumplir el voto que habian hecho durante una tempestad en que debieron perecer. Fué luego su mayor embarazo satisfacer el empeñoso ardor de las Comunidades religiosas y de los habitantes de la ciudad, que se disputaban el honor de hospedarlos. Poco tiempo despues fueron llamados á Roma, donde Clemente XIII, de acuerdo con su General, habia provisto á todas las necesidades de estos sediciosos supuestos, cuya vida se hizo, para los pueblos de Italia, objeto de edificacion, y al mismo tiempo de piedad y commiseracion. A principios de 1760 desembarcó otro navio 122, que fueron recibidos con el mismo interes y con la misma caridad.

Mientras que estos primeros restos de la Compañía eran arrojados en las costas del estado eclesiástico, se esforzaba el Cardenal Saldaña, en su clase de reformador, para hacer apostatar á los Jesuitas jóvenes. A fin de seducirlos mas facilmente, se arrogó la facultad de dispensarlos de sus votos, y separó de ellos á los profesos, temiendo que estos los sostuviesen contra los asaltos que les estaban preparados. Al mismo tiempo se hizo obrar á sus padres, parientes y amigos; se recurrió á las promesas y amenazas, y se puso en planta cuanto podia cooperar á trastornarlos. Se les aseguró, que los profesos, únicos iniciados en el secreto de las conspiraciones, no habian sido desterrados hasta despues de haber si-

do plenamente convencidos, y que ellos se harian cómplices de estos malvados si se obstinaban en seguirlos. Por otra parte se les presentaban puestos, beneficios y pensiones, para el momento en que obtuviesen del Cardenal la dispensa de sus compromisos. Algunos de estos jóvenes sucumbieron á tantos medios de seducción, pero volviendo en sí mismos, varios de entre ellos se fugaron de Portugal y vinieron á Roma á reclamar su primer estado. Todos los otros se mantuvieron firmes, y nada fué capaz de alterar su constancia. A medida que iban llegando de las diferentes casas á un castillo cerca del Tajo, se acinaba á unos sobre otros en los aposentos, cuyas ventanas se habian hecho tapiar, y que se convirtieron en prisiones infectas.

El Colegio de Coimbra, que era el mas numeroso de la Compañía en Portugal, ofreció en estas criticas circunstancias un espectáculo tan singular como edificante. El dia en que se vino á sacar á los profesos para obrar despues con mayor libertad sobre los otros, se reforzó la guardia ordinaria con patrullas que rondaban sin cesar en torno del Colegio. Espantados los habitantes con tantas precauciones, preguntaban la causa, y se les contestaba: que era porque los Jesuitas se habian batido unos contra otros, resultando muchos muertos y mayor número de heridos. Pero los habitantes de Coimbra conocian demasiado la union que reinaba entre los Jesuitas para dar crédito á estas voces: ellos adivinaron presto

que tales medidas se dirigian mas bien contra la Ciudad, por temor de una sublevacion en favor de los Jesuitas. Inmediatamente que salieron los profesos, todos los cargos y empleos que dejaban vacantes en la casa, fueron ocupados por los que permanecian, y el Colegio conservó el mismo orden y la misma regularidad, que si no hubiese habido revolucion. Los soldados, que esperaban cosa muy diferente, quedaron asombrados, y hablaron de ello en toda la Ciudad. El Senador encargado de observarlos y seducirlos, entró en desaliento: no obstante, vino al Colegio, y aparentando un aire gozoso, felicitó á esta juventud por verse, en fin, separada de aquellos hombres que por sus atentados habian incurrido en la desgracia del Príncipe y en la indignacion del pueblo; despues les instó para que se aprovecharan de la dispensa de votos que les ofrecia el Cardenal Saldaña. A fin de libertarse de sus importunaciones, le respondieron, que si les permitia retirarse á sus aposentos á pensarlo, traerian su resolucion por escrito.

Luego que pudieron hallarse sin testigos, convinieron en dar cada uno su respuesta en los términos mas lacónicos, y sobre una tirilla de papel en que nada quedase blanco, por el justo temor de que la firma diese lugar á alguna superchería. El billete de la mayor parte estaba concebido en estos términos: *No quiero abandonar la Compañía de Jesus.* Otros decian: *permaneceré en la Compañía de Jesus hasta la muerte.* Todos, en fin, se declararon por la per-

severancia en su estado. Entregaron separadamente sus billetes abiertos á los soldados encargados de recibirlos. Estos los leyeron; y toda la Ciudad fué informada bien presto, y admiró el fervor y la constancia de estos jóvenes Jesuitas, privados de sus guías y de sus padres.

No se dió por vencido el Senador; hizoles decir, algunos dias despues, que vendria á la mañana siguiente á intimarles las órdenes del Rey. Ellos se prepararon para este ataque por una comunión general. El Senador reunió primero á los novicios, li-songeándose de reducir sin mucho trabajo á unos jóvenes, de los que el mayor apenas tendria diez y seis años. Comparecieron ante él con los ojos modestamente bajos, lo que atribuyó el Senador á timidez. Para asegurarlos les habló con mucha dulzura; se dirigió principalmente al que le pareció mas joven, y concluyó excitándolo á no temer nada y á levantar libremente los ojos. El novicio le respondió con ingenuidad, que las reglas le prescribian velar sobre sus ojos, y que sin el permiso del superior no podia fijarlos sobre nadie. El Senador le replicó, *no os mortifiqueis, sois libre, vuestro superior no está aquí.* Dios me vé; respondió el novicio, *esto me basta; debo respetar su presencia.* Confundido el Senador cambió discurso, y les leyó tres cartas: una de Saldaña que aseguraba, con esperanza de mejora, doce sueldos diarios á los que saliesen de la Compañía; otra del Rey, que ordenaba á sus tesoreros pa-